

CINE BURGUESIA Y PROGRESIA

GONZALO SUAREZ

nombrando a menudo la palabra revolución como las tribus primitivas nombraban el mal para vacunarse. Pero nada hay en ellos de revolucionario, porque nada hay en ellos de creador. La prueba más evidente es que esta progresia no ha tenido ningún inconveniente en encontrar lugar y adeptos en las revistas y periódicos españoles más «carcas» (¿cuáles no lo son?). Críticos biológicamente reaccionarios se han adscrito de manera oportunista a este nuevo movimiento, precisamente porque no requiere ningún movimiento real.

La asimilación del progresismo en sus facetas más inocuas y esterilizantes es la hipocresía, la desfachatez, la falacia más nefasta del sistema, y en ella caen como conejillos tantos y tantos de esos miméticos «contestatarios» que pretenden matar al padre sin enfrentarse al enigma de la esfinge.

Edipo nuestro de cada día

Permitaseme una divertida parábola sobre el asunto Edipo y sus consecuencias. Quiere la leyenda, en una de sus versiones, que el enigma planteado a Edipo sea: «¿Cuál es el animal que camina a cuatro patas por la mañana, a dos al mediodía y a tres por la noche?», sabido es que Edipo contestó que ese animal era el HOMBRE, ya que en su infancia gatea, en su juventud anda erguido y en su vejez se apoya en un bastón. Pues bien, a mi entender (no olvidemos que yo opero en el terreno de la ficción total) Edipo cometió un error irreparable al generalizar su respuesta y hablar del HOMBRE en lugar de comprender a tiempo que ese hombre no era otro sino él: abandonado de niño, se tuvo que arrastrar; coronado en su juventud, se puso en pie; ciego (por su error), necesitó un bastón. Así, la mayoría de los Edipos contemporáneos siguen hablándonos del hombre, la sociedad, el sistema como únicos culpables para eludir la pesada responsabilidad que implica el asumir en la base, como único punto de partida válido, que cualquier modificación de estructuras tendría que empezar por nosotros mismos,

porque nosotros somos esa HUMANIDAD en la que proyectamos nuestra culpa, nuestra impotencia, nuestro terror. Los otros, buenos o malos, empiezan en mí. ¿Quién soy yo para reclamar un cambio si soy igual a aquellos que oprimen, matan y mueren, a aquellos cuya alienación mueve, para bien y para mal, la trágica danza mundanal en la que, queramos o no, participamos? Sería muy cómodo adscribirse a las buenas causas para luego acabar denunciando con amargura las contradicciones que nosotros mismos aportábamos en nuestra mochila.

Yo no pretendo que antes de actuar (o, en el caso que nos ocupa, antes de simplemente hablar y hablar) debamos curarnos de nuestra insidiosa locura. Yo digo sólo que reconozcamos en nosotros esa locura, que aceptemos primero ese mister Hyde personal, que no juguemos más a las almas inocentes que quieren arreglar el mundo, si antes no estamos dispuestos a ser mástil de nuestra propia vela.

La progresia es inoperante porque únicamente gira en torno al ombligo de sus bienpensantes opiniones. ¿Quién no está contra la guerra de Vietnam, por ejemplo? Pero Nixon sale reelegido (ejemplo revelador por tóxico). ¿Quién tiene oídos y ojos para una verdadera revolución cinematográfica?

La progresia reclama películas políticas, pero se contenta con aplaudir en un lujoso cine de estreno cuatro frases de cualquier película que se limita a reconstruir y fotografiar de la manera más convencional una utópica revolución para adolescentes («Quemada»). Aquí se produce una descarga psicodramática estabilizadora que reúne todas las características de una actitud paternalista y muy cómoda (revolución desde la butaca, que no altera ninguna estructura mental).

Y ahora, adiós

Estas son algunas de las razones —breves e insuficientemente expuestas, porque no soy sociólogo— por las cuales he llegado a la conclusión de que debo prescindir de las opiniones tribales, de que debo descartar para siempre a los grupos opinantes, sean de derechas o de izquierdas; de que debo trabajar, de una vez por todas, para el individuo que pueda llegar a entender conscientemente y para la masa que pueda reaccionar inconscientemente. Sólo el individuo y la masa son auténticamente revolucionarios. Salvando las distancias y a título únicamente de ejemplo no menos tóxico, los revolucionarios de todos los tiempos (Sócrates, Confucio, Marx, Lenin, Mao, Freud, Picasso, Nietzsche, etcétera) han sido individuos, y la masa ha catalizado las ideas en procesos inconscientes irreversibles. Bajemos de las alturas y hablemos de cine. Un cine que proponga una nueva lectura. Un cine que llegue a la masa desde el individuo sin tener en cuenta a los grupitos de intermediarios, cuya labor digestiva no niego, pero de la que yo puedo y debo saludablemente olvidarme, pues su trabajo es un problema de archivos que forzosamente realizan siempre «a posteriori», buscando referencias, reduciendo como buenamente pueden (cuando pueden), y de los que ningún aliento creador puede esperarse si no es simplemente la orientación, un tanto relativa, de un poste indicador, carcomido, cuyas flechas, hacia diestra o siniestra, apuntan siempre al pasado. ■

LOS artistas en general y los directores de cine en particular estamos acostumbrados a que se nos hagan toda clase de preguntas, que no sólo incumben a la actividad artístico-cinematográfica en sí, sino que, como el propio cine, aforan del cuadro y atañen a la sociología, a la política, a la filosofía y, en última instancia, al arte.

Particularmente considero que los artistas y directores de cine caemos con frecuencia en la pretensión de que nuestras opiniones sobre el mundo, sobre Dios, la vida o la muerte son muy importantes. A veces nos manifestamos como profetas, políticos consumados o pulcros moralistas. Todo esto no está ni bien ni mal, forma parte de un ritual más o menos divertido que nos ha sido impuesto por la impotencia de las minorías pensantes para pensar por sí mismas. Quieren maestros. Buscan seguridad. Afirman sus incipientes personalidades intelectuales a costa de arrancar la trascendencia a ultranza, como piojos, de las cabezas que se les antojan más sesudas y que la industria del espectáculo pone tradicionalmente a su alcance. Estas gentes buscan reducir a cualquier precio. Quieren patentes. Son repetitivos. Adocenados. Hablan en serie. Son el síntoma inequívoco de la sociedad de consumo a la que pretenden odiar. Son el reflejo consecuente de un estado de cosas contra el que simulan actuar. Pero, en realidad, sus apetencias y manifestaciones en nada difieren de la mentalidad burguesa que busca en el arte una apriorística conveniencia que reclama que alguien tome conciencia en su lugar, que pide se le confiera a través de discursos o películas la trascendencia que no encuentran en sí mismos. Bueno, ¿y qué? ¿Por qué habríamos de ser trascendentes? De ahí proviene la necesidad de temáticas importantes que reclaman como escape, como sustitutivo del cine de evasión que dicen detestar. Pero, ¿qué mayor evasión que la de jugar a ese estúpido juego de sentirnos trascendentes, unos y otros, cine mediante, cuando la realidad es otra?

Ni las opiniones de artistas ni directores de cine son más reveladoras que sus obras, ni el apetito culturizante de estos seudoprogresistas obedece a ninguna motivación seria. Toda esta verborrea son sarampiones superpuestos que nos remiten a enfermedades más graves y quizá incurables. Sólo en esa medida deja de ser divertido para pasar a provocar un profundo hastío. Las mismas caras. Las mismas preguntas. Los mismos esquemas mentales. Los mismos gestos. La misma crónica mala conciencia.

La bienpensante progresia

Se está produciendo un fenómeno curioso cuyo síntoma más característico quizá sea la reivindicación de una nueva clase social, que yo denominaría «progresia», y que pretende erigirse en representantes de la moral artística, heredando así los derechos ejercidos durante tantos años por la burguesía dominante. Reclaman privilegios, aspiran a institucionalizar sus gustos y aversiones, y para ello se guían por los valores ya institucionalizados, limitándose a cambiar sólo los acentos y las comas, sin alterar el discurso, sin encarnar en un auténtico compromiso las nuevas formas, que, dicho sea de paso, les escandalizan tanto como a sus antecesores. Llevan a cabo una grotesca pantomima,